

Consiste esencialmente la gloria en la clara visión de Dios; Él es feliz viéndose y gozando de sus infinitas perfecciones, y con verle seremos también nosotros bienaventurados; pero cuál haya de ser esta bienaventuranza, los mismos ángeles no lo podrían decir. «Para daros una idea del cielo, decía San Agustín, yo soy como un niño, que criado en una miserable choza se empeñase en describir la grandeza y el esplendor de la corte de un gran monarca; como un ciego que se esforzase en pintar los rayos del Sol y la embelesadora hermosura de los cielos.» Cuando Dios quiere darnos alguna pequeña idea de su gloria, nos promete, según el profeta Isaías, un cielo nuevo y una tierra nueva; nueva luz, nuevas perspectivas, nuevos personajes, nueva belleza, nuevas é inconcebibles armonías, todo nuevo respecto de este mundo viejo, que parece disolverse ya, más que por la acción de los años, por los pecados de los hombres. Y se comprende: este mundo no es digno de las magníficas recompensas de un Dios, porque aquí no se ven sino ciertos destellos mal reflejados de la divina grandeza. San Pablo, que con peregrina elocuencia y la penetración de su ciencia infusa nos habla de las gerarquías celestes, de la eterna predestinación y de las perfecciones divinas, y arrebatado hasta el tercer cielo oyó allí misteriosas palabras y conceptos altísimos que no pueden ser traducidos con palabras humanas, dice simplemente que «*el ojo no vió, ni oyó el oído, ni cupo jamás en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman.*» Grande se manifiesta siempre el Apóstol en la maravillosa eficacia de su oratoria y en la viveza y propiedad de sus descripciones; pero tratándose de pintar la eterna felicidad de los cielos, extingúese en su diestro pincel la viveza de los colores; porque, como dice San Agustín, «excede á la significación de todas las palabras y á la penetración de toda humana inteligencia aquella honra elevadísima, aquella hermosura incomparable, aquella encantadora é inconcebible gloria.» Al meditar en ella el profeta Isaías, miraba con menosprecio las bellezas todas de la tierra, diciendo que «*sólo en el cielo se manifiesta tal como es la magnificencia de Dios Nuestro Señor.*»

En el cielo llenará el Señor por completo nuestros corazones con la visión intuitiva de que allí gozaremos, pues contemplaremos con eterna delicia cara á cara aquella divina Hermosura siempre antigua y siempre nueva, que á cada instante produce en los bienaventurados nuevo embeleso, pues con nuevos y suavísimos encantos aparece siempre diferente de sí misma; y en ella leeremos todos los secretos escondidos en el seno de la eternidad, los misterios de aquella Omnipotencia que hubiera podido crear nuevos millones de mundos, la grandeza

de la Misericordia con que nos ha redimido, y la Bondad amabilísima con que desplegó en favor nuestro la cariñosa solicitud del más tierno de los pastores, derramando sobre nuestras almas incalculables tesoros de gracias. Sólo los bienaventurados que la gozan pueden concebir tanta grandeza; y, como dice el Apóstol del amor en el sagrado libro del Apocalipsis, «*nadie la conoce, sino el que la recibe.*» Así se explica que el Profeta Rey pensase con frecuencia en el cielo para dulcificar de este modo sus amargos pesares, y que no obstante la pompa y esplendidez que le rodeaban, todo le pareciese nada respecto de los eternos goces de la celestial Sión, y exclamase con abrasadoras ansias: «*¿Cuándo llegaré, y seré presentado ante la presencia amabilísima de mi Dios?*» Ni los más deliciosos jardines matizados de millares de aromáticas y vistosas flores; ni maravillas artísticas las más delicadas y primorosas; ni los más suntuosos palacios; ni riquezas, honores ni placeres; ni unánimes y ruidosos aplausos; ni embelesadoras y suavísimas delicias, nada de cuanto más bello y encantador pueda concebirse basta siquiera á ofrecernos la más lijera idea de las dulcísimas impresiones que se gozan en el cielo; porque todo aquello es imperfecto, caduco y corruptible, mientras que la gloria es sobre toda ponderación magnífica, eterna é inmutable. Ciertamente que en las sagradas Escrituras se la compara con las riquezas y delicias que aquí en la tierra conocemos, y en el Evangelio de San Lucas dicese que aquellos goces dulcísimos se parecerán á un suntuoso y eterno convite, en que á los bienaventurados servirá por sí mismo el Señor, pasando de una á otra mesa con amabilidad incomparable; pero esto es sólo para que nuestra limitada inteligencia pueda tener alguna idea más de las purísimas alegrías que allí se disfrutan.

Por lo demás, ¿qué valen, para ser comparados con ella, el fausto, las riquezas y la gloria de Salomón, los extensos dominios y las rápidas conquistas de Alejandro, el poder y las victorias de los Césares, las ovaciones ruidosas y magníficas con que Roma acogía á sus capitanes triunfadores; todas, en fin, todas las grandezas humanas y aun la maravillosa armonía y espléndida belleza de los astros? Si tanto embelezaba á San Pedro la hermosura del divino Jesús en su fugaz Transfiguración; si la sola conversación amabilísima de Dios Nuestro Señor encendía en Moisés ansias tan vehementes de contemplar su divino semblante, ¿qué será verle cara á cara, y contemplarle ya sin riesgos ni zozobras por toda la eternidad? Rápidos pasan como fugitivas exhalaciones los goces todos de la tierra, pues sólo duran unos instantes, y no son más que un ligero tránsito de la privación al goce;

goce que muy pronto cesa de ser, dejando únicamente de sí, después de muy deseado, inútiles recuerdos; y es que todas las satisfacciones de los hombres, dice el Espíritu Santo por el profeta Isaías, son «*como si no fuesen, como nada.*» Pero el goce del bienaventurado es el goce del mismo Dios, y «*cuando el hombre posee lo que posee Dios, dice Venancio, grande debe de ser su felicidad; que bien puede bastar al hombre lo que al mismo Dios basta.*» Porque el bienaventurado estará íntimamente unido á Dios, sin medio alguno que le prive de alguna partecilla de aquella inmensa satisfacción que gozará, gustándole, viéndole, sumergiéndose en aquella infinita y amabilísima esencia: «*le veremos, dice el Apóstol, tal como en Sí es.*» Nuestra vista sobre la tierra sólo se fija en lo exterior, y no podemos penetrar las ideas, los sentimientos, el corazón de aquellos con quienes tratamos; pero «*cuando logremos la visión beatífica de Dios, dice San Agustín, nada más podremos desear; porque ¿qué podrá buscar aquel que ya posee á Dios? y á aquel á quien Dios no bastase, ¿qué le podrá bastar?*»

De dos maneras, dice San Dionisio Areopagita, podemos formarnos alguna idea de Dios: ó *por afirmación*, atribuyéndole algunas perfecciones; ó *por negación*, reconociendo que no hay en Él imperfección alguna; y con ser que la primera pretende decir algo, es más digna de Dios la segunda, pues con más facilidad vemos lo que Dios no es, que lo que es. Y los teólogos explican este concepto de un modo mucho más sensible, diciendo que *por afirmación* se conoce á Dios á la manera que un pintor disponiéndose á representar en un cuadro algunas figuras, va extendiendo los colores sobre el lienzo, y sobrepone á los ordinarios los más finos hasta darle la última mano: opuesto sistema sigue el escultor, en quien está simbolizado el conocimiento *por negación*, pues nada añade al mármol ó á la madera en que quiere figurar algún personaje ó episodio, sino que va desbastando la materia hasta que del todo quedan figuradas las partes y aun los menores perfiles de la imagen. Así que, por más que atribuyamos á Dios todas las perfecciones imaginables, poder, santidad, sabiduría, hermosura y tantas otras, todas en grado perfectísimo, nunca nos formaremos de Él y de la eterna felicidad que en Él gozan los bienaventurados, idea que tanto nos complace, como cuando reconocemos que no hay en Él ninguna imperfección, ni aun siquiera las perfecciones incompletas, únicas que nosotros conocemos. Mucho contribuye á la satisfacción dulcísima de los bienaventurados la *inmortalidad* de que gozan, pues en ellos no puede ya cebarse la guadaña implacable de la muerte: «*enjugará el Señor sus lágrimas, dice el Evangelista San Juan, y ya no habrá más ni muerte, ni*

llanto, ni clamor, ni dolor, porque ya todos los trabajos pasaron.» Aparecerán también enriquecidos sus cuerpos con los cuatro dotes gloriosos, tan propios de aquella dichosa región: *impasibilidad*, pues ya no sentirán calores, ni fríos, ni enfermedades, ni género alguno de malestar; *claridad*, porque como decía San Pablo á los Filipenses, «*reformatá el Señor nuestro abatido cuerpo, para hacerlo conforme á su cuerpo gloriosísimo.*» *Agilidad*, atravesando los espacios y hendiendo rápidos los aires con la velocidad del pensamiento; y *subileza*, penetrando con maravillosa facilidad las más espesas capas de la tierra y á través de durísimos muros de bronce. Contemplaráse allí satisfecho el *entendimiento*; pues por muchos que sean los velos que hoy nos ocultan los secretos de la naturaleza, de las ciencias y de la historia, todas las oscuridades, que ahora torturan el alma del sabio, y dan lugar á tan graves dudas y tan encontradas opiniones, cesarán como por ensalmo para que en lugar suyo surja clarísima y esplendorosa la verdad.» ¿Qué se podrá ignorar allí, dice San Gregorio, cuando se sabe, al que lo sabe todo, al que lo ha hecho todo, á Aquel en quien todo existe?» La profundidad de sus divinos secretos, las operaciones maravillosos de la gracia, todo lo verán en Dios; porque la esencia divina es como un espejo clarísimo en que los elegidos ven todo lo que les interesa. ¡Ah! ¿Qué vale la mezquina ciencia del mundo, comparada con la sabiduría ilimitada del cielo? La *voluntad* estará como sumergida en dulcísimas delicias amando á Dios, no con la imperfecta caridad con que aquí le aman los santos más aventajados, sino con el amor ardentísimo de aquellos encendidos corazones constantemente inflamados en el deseo de la mayor gloria de Dios. Ya no habrá combates interiores que se opongan á este amor dulcísimo de nuestro Creador, ni cuidados que nos distraigan, ni temores que nos inquieten ó debiliten nuestra fe: ya no nos agitarán las fatigosas ansiedades de hacernos cada día más dignos del amor de nuestro Dios, pues gozaremos ya por completo de su eterna y pacífica posesión, pudiendo decir entonces con la sagrada Esposa de los Cantares: «*Le tengo estrechamente abrazado; ya no le dejaré más.*» Y si tan admirables son los pasajeros éxtasis del divino amor, que en este mundo forman las más tiernas delicias de los santos, ¿cómo pudieran describirse aquellos desahogos purísimos de un amor tranquilo y eterno, que ya no sufre crecientes ni menguantes? Muy bien dice San Agustín, que «*por más que en sus deseos sea inmenso el corazón del hombre, nunca habrá podido imaginar una felicidad tan grande como la que el Señor nos reserva en el cielo, si le amamos aquí con toda el alma.*»

«Pues si tan magnífica es esa gloria, ¿por qué no hemos de aspirar

á ella con todo el ardor de nuestra alma? ¿por qué aficionar el corazón á las míseras vanidades de la tierra, que en comparación de aquellas eternas moradas, son menos todavía que una sola gota de agua, y no limpia, respecto de infinitos océanos de apetecible y cristalina linfa? «Notable contradicción es, dice San Cipriano, pedir todos los días «venga á nos el tu reino,» y temblar ante el recuerdo del día felicísimo de la muerte, en que ese reino debe comenzar!» Puesto que á los justos está reservado todo ese inmenso cúmulo de placeres purísimos, ¿por qué no nos preparamos con escrupulosa diligencia, para gozarlos sin demora, cuando rotas las frágiles ligaduras de nuestro cuerpo, abandonemos esta vida de continuas penalidades?

El siguiente punto se leerá el domingo tercero de Cuaresma.

III

Condujeron al Señor en cierta ocasión, dice el Evangelista San Marcos, un infeliz endemoniado, que era al mismo tiempo sordo y mudo, suplicándole que pusiese las manos sobre él y lo sanase. Así lo hizo el divino Jesús; y habiendo lanzado del poseso al demonio, habló el mudo, y se admiró todo el pueblo. Hé aquí, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, una lección más que nos da el divino Redentor en este santo Evangelio, haciéndonos ver en el sordo-mudo poseido del demonio una triste imagen del pecador, que teniendo en el sacramento de la Penitencia seguro remedio para sanar de sus culpas, prefiere enmudecer y dejar de confesarlas, á trueque de continuar en el olvido de Dios comprometiendo su eterna salvación. Nuestro amabilísimo Jesús, que de sí mismo decía con tanta razón: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida,*» y con tanto ardor se dedicaba en este mundo á curar, no sólo las llagas del alma, sino aun las dolencias del cuerpo, antes de subir á los cielos triunfador del pecado, del infierno y de la muerte, bendijo con especial amor á sus apóstoles, diciéndoles: «*Así como me envió á la tierra mi Padre celestial para salvar á las almas, del mismo modo os envió Yo también. Recibid el Espíritu Santo: todos aquellos á quienes en la tierra perdonáreis sus pecados, perdonados serán en el cielo; y á aquellos á quienes vosotros no se los perdonáreis, tampoco se les perdonarán en el cielo.*» ¡Admirable es este poder que todo un Dios se digna comunicar al hombre, elevándole en el orden de la gracia sobre todos los potentados y reyes del mundo! A los sacerdotes, privilegiados ins-

trumentos de su infinita misericordia, parece decir en nuestros tiempos Dios Nuestro Señor aquellas eficaces palabras que dirigió hace siglos al profeta Ezequiel: «*Id, soplad sobre esos muertos, y resucitarán, y verán los ciegos del alma, y tornaránse ágiles para la práctica del bien los paralíticos del espíritu, y serán curados los leprosos, y los sensuales se harán castos.*» San Juan Crisóstomo, en el libro III del Sacerdocio, después de consignar aquellas admirables palabras de Jesucristo, dice: «Buscad en alguna otra parte poder tan estupendo como éste!» No solamente los sacerdotes del Señor tienen la virtud de regenerarnos en las aguas del bautismo, sino también el poder de perdonarnos los pecados con que después del bautismo ha quedado manchada el alma. Todo el poder de los sacerdotes de la antigua Ley limitábase á hacer constar la curación de la lepra; pero los de la Ley nueva han recibido el poder, no de juzgar si la lepra del cuerpo es verdadera, sino de lavar las manchas del alma, que son los pecados ¡oh maravilla! ¡Que débiles mortales hayan recibido un poder, que Dios no ha conferido á los mismos ángeles! Por qué no á los ángeles, sino á los apóstoles, les ha sido dicho: «A aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados.» Enorgullézcanse de su poder los príncipes de la tierra; su imperio limitase al cuerpo, pero el poder de los sacerdotes se extiende al alma.»

Amorosísima providencia del Señor ha sido el haber deputado para instrumentos de las maravillas de su amor para con nosotros, á un hombre de la misma naturaleza nuestra, sujeto por la fragilidad de nuestra propia condición á las mismas faltas que en nosotros deploramos; pero hombre que por la sagrada unción que ha recibido está elevado sobre el resto de los humanos para consagrarse del todo á Dios Nuestro Señor, fomentando de un modo especial en su alma el amor divino y un celo verdaderamente paternal por la salvación de las almas. Este hombre, á quien Dios ha elegido para ministro suyo, sigue los pasos de su divino Maestro imitándole cuanto es posible en la santidad de su vida y en la tierna compasión que Él mostró siempre en favor de los pecadores, tratando con ellos para ganar sus almas, y perdonando generoso á la adúltera, á la Samaritana, á la Magdalena, á tantos Pródigos, al buen Ladrón y á sus propios verdugos. ¿Dónde encontrar ministro más á propósito que sepa explicarse la razón, *sin razón* más bien, de nuestras miserias, y compadecerse de nuestras caídas? ¿Qué palabras, después de las palabras salvadoras de Dios Nuestro Señor, puede haber tan eficaces como las suyas, cuando al juzgar nuestra causa juzga tal vez la suya propia, y los consejos con que nos

alienta para retraernos del pecado y animarnos á la virtud, son acaso los mismos que á sí propio se dirige, bien convencido de que siendo de la misma masa que su penitente, puede contraer un día, si se descuida, la misma enfermedad? «¡Oh! sí, decía bien persuadido de esto Silvio Pellico: cada vez que oía los tiernos reproches, los nobles consejos de mi confesor, ardía yo en amor de la virtud, desaparecía de mi alma el resentimiento, hubiera dado mi vida por el menor de mis semejantes, y bendecía á Dios por haberme hecho hombre.» Pero este poder envuelve respecto de todos los hombres el precepto de confesarse; porque el que ha ofendido á Dios tiene que acudir al sacerdote para purificar su conciencia, y éste no puede perdonarle sin conocer primero los pecados que ha cometido, así como ningún juez puede fallar tampoco una causa sin haberla antes cuidadosamente estudiado. Necesaria es por precepto divino la confesión á todos los bautizados que han tenido la desgracia de caer en pecado mortal; y sólo en el caso de que no les sea posible encontrar confesor, pueden ser perdonados, con tal que, teniendo dolor de perfecta contrición, deseen verdaderamente confesarse y se propongan hacerlo cuanto antes les sea posible. Preciso es que el alma se purifique de sus faltas; pues si ha de acercarse á Dios, que es eterna Fuente de vida, sólo puede lograrlo despojándose de sus pecados, y lavándose por la confesión de todas aquellas manchas que hayan podido empañar su pureza.

Insistiendo en la necesidad de la confesión para merecer con ella el perdón de los pecados, decía *San Jerónimo* que «no solamente se debe confesar el pecado, sino sus diferentes especies, informando de todo al sacerdote, sin omitir ninguna de las piezas necesarias para la formación del proceso que á sí mismo se instruye.» *San Ambrosio* recuerda su eficacia, indicando que «por muy pesados que sean los lazos con que el demonio nos tiene encadenados cuando ofendemos á Dios, la confesión los hace añicos, y de esclavos que éramos nos hace libres, restituyéndonos todos nuestros derechos.» *San Agustín* repite una y otra vez que «la confesión es para nosotros un deber capital, y que dispensarse de él equivale á perder el alma y sacrificar la eternidad feliz.» El Papa *San Gregorio* enseña que en la confesión es preciso dar al sacerdote cuenta fidelísima del alma, examinar los pecados, y después de conocidos, confesarlos, y que esta confesión es tan necesaria, que á ella está vinculada la más preciosa de las gracias, la de la justificación.» Ya del tiempo de los Apóstoles nos dice *San Lucas*, hablando de los fieles de Efeso: «Muchos de los que habían creído venían confesando y denunciando sus hechos.» Y *San Clemente*, discípulo de San Pe-

dro, escribía en su II Carta á los Corintios: «Los que tengan cuidado de su alma no rehusen confesar sus pecados al Superior eclesiástico, para obtener su perdón.» Y no menos explícito se manifiesta *Orígenes* en su II Homilía sobre el Salmo XXXVII: «Si nos arrepentimos de nuestros pecados, confesándolos, no solamente á Dios, sino á los que pueden darnos remedio, todos esos pecados serán perdonados.» Y *San Atanasio*, que vivía en el siglo IV, decía también: «Así como el hombre bautizado es iluminado por el Espíritu Santo, así el que confiesa sus pecados obtiene perdón del sacerdote.» Bien claro aparece, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que la confesión sacramental instituida de la manera que antes recordábamos por Cristo Nuestro Señor, ha estado siempre en uso en la Iglesia católica, por más que los incrédulos y los impíos, para cohonestar su rebeldía contra este precepto divino, se atrevan á decir tal vez de palabra ó por escrito que la confesión auricular es de institución humana, y que no siempre ha existido en la Iglesia de Jesucristo. Pero si todavía pareciesen pocos los testimonios aducidos desde los tiempos apostólicos, podremos recordaros lo que en el siglo II decía *Tertuliano* en su libro de la Penitencia: «Yo presumo que muchos, que atienden más á lisonjear su vanidad que á promover el negocio de su eterna salvación, tratan de evitar ó diferir de día en día la confesión de sus pecados, la cual miran como una difamación de sí propios; semejantes á aquellos que cubiertos de vergonzosas llagas no se atreven á descubrirlas al médico, y perecen víctimas de su vergüenza. Y ¡qué! Porque nos parezca convenir á nuestro gusto el ocultar nuestros pecados á los hombres, ¿creeríamos sustraerlos á las penetrantes miradas de Dios? ¿Nos atreveríamos á comparar á Dios con el hombre? ¿Para quién sería preferible perderse sin remedio por ocultar sus pecados, antes que obtener el perdón de ellos confesándolos?» *San Basilio*, citado por los mismos autores de las Centurias de Magdeburgo, dice: «La revelación de los pecados es necesaria por la misma razón que nos obliga á descubrir las enfermedades de nuestro cuerpo. Así como estas las descubren los hombres, no á todos indistintamente, sino á los que están prácticos en el arte de curarlas, así la revelación de los pecados se debe hacer á aquellos que pueden perdonarlos.» En fin, la Iglesia católica en todos los siglos y en todos los países, lo mismo en Oriente que en Occidente, ha estado siempre en posesión de esta verdad; y entre otros muchos, el Concilio de Trento fulmina la terrible pena de excomunión contra los que temerariamente se atreviesen á sostener que la Iglesia católica no ha recibido de Jesucristo el poder de perdonar los pecados.

Considerad, amadísimos hijos Nuestros, cuán firmemente habrá sido creída entre los católicos de todas las edades esta verdad, cuando el mismo Lutero, en su libro de la «Cautividad de Babilonia,» se expresa así: «La confesión secreta, que está vigente hoy, me agrada de una manera extraordinaria: es útil, y aun necesaria, y lejos de querer que sea suprimida, gózome de que exista en la Iglesia de Jesucristo, porque es el *único remedio* para las conciencias afligidas.» ¡Pluguiese á Dios que participasen de la profunda convicción de este desgraciado apóstata los protestantes de todas las sectas, que más ó menos reconocen su autoridad y le tienen por oráculo; y que tomando nota de las muchas y notables contradicciones en que incurren tanto él como sus compañeros de reforma y sus secuaces, abriesen de una vez los ojos del alma y se convirtiesen al Catolicismo, única religión salvadora! Los mismos luteranos de Nuremberg enviaron á Carlos V una embajada, rogándole que por medio de un edicto restableciese entre ellos el uso de la confesión; y con empeño la conservan también los luteranos de Suecia, porque es uno de los artículos convenidos en la llamada Confesión de Ausburgo. Pero no son sólo los luteranos; son los mismos impíos por medio de uno de sus corifeos que más estragos ha hecho con sus errores en la sociedad, los que abonan también la necesidad de la confesión; es Rousseau, que en su Carta á M. de... *Motier-Travers*, el 11 de Noviembre de 1764, dice: «Yo comenzaría, pues, por elegir para confesor mío á un buen sacerdote, un hombre sabio y sensato, tal como por todas partes se encuentran cuando se los busca, y le diría: «Yo busco lo que es verdadero y bueno, lo busco vivamente; siento que la docilidad que exige la Iglesia es un estado *envidiable* para estar en paz consigo mismo; amo este estado y en él quiero vivir. Mi espíritu se resiste, es cierto; pero mi corazón le impone silencio, y mis sentimientos están abiertamente contra mis raciocinios...» Y en otra ocasión decía: «¡Cuántas obras de misericordia y cuántas restituciones excita á hacer á los católicos la confesión!»

Es además la confesión un semillero de beneficios en favor de la sociedad; porque si todos los hombres tuviesen sanas sus conciencias, si las familias fuesen morigeradas y observantes de la ley de Dios y demás leyes humanas que sean justas, la sociedad sería necesariamente feliz, compuesta de familias é individuos regenerados; y bien se podría decir entonces con el Real Profeta que en ella «encontráronse la misericordia y la verdad, y la paz con la justicia,» como cariñosas hermanas que separadas por algún tiempo, abrázanse al fin en santo amor. La confesión predica toda clase de virtudes, prohíbe todo género de

desórdenes, y es medicina eficazísima para todo linaje de dolencias. El autor de la Historia filosófica y política de la India, dice que la práctica de la confesión en aquellas felicísimas Reducciones, establecidas y gobernadas por los Padres de la Compañía de Jesús en el Paraguay, era la mejor salvaguardia para la pureza de las costumbres. Resultados tan maravillosos tuvieron bastante eficacia para arrancar al impío Voltaire, uno de los más encarnizados enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, esta preciosa confesión: «No ha habido institución más sabia que la confesión. Si hay alguna cosa que consuele á los hombres sobre la tierra, es el poder reconciliarse consigo mismos. La confesión es una institución *divina*, que no ha tenido principio más que en la misericordia infinita de su Autor; y los enemigos de la Iglesia romana que se han levantado contra esta institución tan saludable, parecen haber arrancado á los hombres *el freno más eficaz* que se puede oponer á sus crímenes.» Hablando de este dogma, decía también Leibnitz: «No se puede negar que toda esta institución es obra de la sabiduría de Dios, y seguramente nada hay más digno de elogiar en el Cristianismo. Yo considero un confesor piadoso, grave y prudente como un *gran instrumento de Dios para la salvación de las almas*: si apenas se puede encontrar sobre la tierra un amigo fiel, ¿cuán grato no será hallar uno que por la religión de un juramento divino esté obligado á guardar el secreto y á socorrer á las almas? La confesión hace recobrar la paz, el honor, la luz y la libertad moral.» Cuando se derrama el bálsamo de celestiales consuelos sobre las almas ulceradas por el pecado, las aficciones y los desengaños del mundo, siéntese trasportado el penitente á una región feliz, antes tal vez no conocida, de tranquilidad suavísima, de esplendorosa luz y amor ferviente á Dios Nuestro Señor; y no es raro presenciar que en algunos dolientes, después de haber sentido esta transformación en el alma, las enfermedades desaparecen ó notablemente disminuyen. Los doctores de Ginebra, Badel y Tissot, aunque protestantes, comprueban este providencial fenómeno refiriendo varios casos de esta naturaleza, cuya autenticidad está sobradamente garantida; algunos tan extraordinarios, que arrancaron á Tissot, en fuerza de su vivo asombro, esta exclamación tan honrosa para la verdad de que hablamos: «*¡Qué grande es el poder de la confesión católica!*»

El siguiente punto se leerá el domingo cuarto de Cuaresma.